

Javier de Viana



Carancho

textos.info
biblioteca digital abierta

Carancho

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7587

Título: Carancho

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 21 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 21 de agosto de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Carancho

A Hilario Percibal.

Muy pocas personas conocen su verdadero nombre; yo creo que él mismo lo ha olvidado á fuerza de sentirse llamar desde hace cerca de medio siglo, «Carancho», el negro Carancho y nada más.

Porque Carancho hace mucho tiempo que es viejo, El cuerpo enorme, alto y ancho se conserva siempre erguido, pero los ojos, color borra de vino denuncian una montonera de años y, por otra parte, las motas están casi blancas, cosa que en un negro indica la proximidad de la centuria.

Así y todo, Carancho continúa fuerte, capaz de voltear con cuatro hachazos un coronilla de veinte postes y de quebrarle la «carretilla», de un «seco», al bagual más cogotudo.

Carancho vive y ha vivido siempre allá por Cerro Largo, cerca de la frontera, y probablemente nació allí, aunque él no lo sabe, como tampoco sabe quiénes fueron sus padres. Si alguien se lo pregunta, responde invariablemente:

—No mi acuerdo; cuando nací era muy botija; pero carculo que debo haber nacido en un baño, de algún güevo guacho de ñandusá farrista, porque á pesar de haber rodao por tuito el país, como si juese taba 'e chancho, en tuavía no he tropezao con un pariente.

—Los parientes son los peores, cuando la familia es larga—filosofó uno, cierta vez; y el negro respondió:

—La mía es como cola 'e perdiz.

Cuando era joven, Carancho tuvo sus veleidades revolucionarias, y como casi todos los negros, se hizo blanco. De sus campañas le quedaron dos cosas: la fama de muy guapo y un profundo disgusto por el oficio.

El solía decir:

—Como siempre tuve una juerza 'é toro, con cada lanzazo hacía un dijunto, y me cansé de trabajar pa los cuervos, los caranchos y los chimangos!...

—¿Como cuanta gente habrá muerto Carancho?...

A quien le interrogó de esa manera, el negro respondió mirándolo severamente:

—Hay tres cosas que no se deben contar nunca: las muertes que se hecho en la guerra, las onzas que se han perdido en la carpeta y las copas que se han chupao en la pulpería!...

Carancho tenía un campito en Cerro Largo, cerca de la frontera. Allí, solitario, cuidaba sus vacas, sus ovejas, sus caballos y cultivaba su chacra. Desde que pobló allí, varias revoluciones soplaron, más ó menos apamperadas, sobre el país. Nadie pudo conseguir que volviera á ceñirse la divisa.

—El primer cordero de mi señal que carnié,—respondía,—lo asé en un fogón hecho con los pedazos de mí lanza dé urunday... '

Y así, invariablemente, se negó siempre á reanudar las aventuras revolucionarias. El viejo grito de «¡Carne gorda y aire puro!» no le entusiasmaba ya. Al contrario, le hacía mal efecto. ¡Quién sabe qué luz misteriosa había penetrado en su cerebro simiesco por la abertura que le hizo en el cráneo el formidable hachazo con que lo acostó en el Sauce un dragón colorado!...

Si los revolucionarios no conseguían arrancarlo, los gubernistas lo respetaban siempre.

Es más: cuando el departamento quedaba sin policías, entregado á la saña perversa del malevaje, Carancho «juntaba á los suyos»,—veintitantos diablos de su calaña,—y se constituía en guardián de vidas y haciendas.

¡Y ay de los delincuentes que llegasen á caer en sus manos!... Su justicia era sumaria y sin clemencia. Durante una de las últimas revueltas políticas, varios bandidos sorprendieron á cuatro paisanos que regresaban

de vender una tropa de vacunos en el Brasil. Luego de haberlos desvalijado, les obligaron á cavar una zanja que poco después les servía de sepultura.

Carancho, enterado del crimen, se movió rápidamente y consiguió dar caza á los victimarios, á quienes condujo, amarrados á conciencia, hasta el sitio del delito. Les impuso que destapasen la zanja, los hizo degollar y los arrojó á podrirse en compañía de sus víctimas.

Justicia hecha, se fué al pueblo, se presentó al encargado de la jefatura y dio cuenta de lo pasado.

—En las puntas del Zapallar, á media legua de la estancia del portugués, van á encontrar la zanja con los dijuntos,—dijo.

Y disponiéndose á retirarse, agregó:

—Los seis de arriba son los bandidos; los troperos están abajo.

Y Carancho, erguido el cuerpo enorme, salió con la serenidad y la solemnidad de un justiciero.

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.